

bajo del pabellon de nuestra carreta, donde nos asentamos yo y mi gente ras con ras por el suelo como monas. Estaban conmigo unas primillas mías de buen fregado, però no tan primas que no fuese mas la envidia que mostraban que el amor que me tenían. Tenían por gran primor el servir á mis primos de estropajo, y así las trataban ellos como á estropajos, y mas yo á ellos y á ellas hacia que me respetasen, y aun los despreciaba, porque siempre tuve por regla verdadera que la mujer solo compra barato aquello que estima en poco. Con todo eso, quise dar vado al birotismo y soltar el chorro á la vena de las gracias y apodos, que es ciencia de entre bocado y sorbo. Bien sé que no he errado cosa tanto en mi vida; porque las gracias no son para villanos, y menos para entre parientes. El afeite, la gala, la damera, la libertad, el favor, el dicho, el donaire parece bien al yente y viniente, pero no al pariente. Es como los que dicen: Justicia, y no por mi casa. Ya se erró. Contámoslos, que de mis cascós quebrados habrá quien haga cobertera para la olla de las gracias para que no se le vierta cuando mas hierva.

Comenzamos á hacer penitencia con un jamon y con ciertas genobradas bien obradas y con nuestras piernas fiambres, llenas de clavos y ajos, y llueva el cielo agua; miento, que maldita la gota bebí, porque en nuestra tierra destétannos á las mozas con la que llora la uva por agosto, á causa de que todassomos friolentas y boca de invierno, como dijo el otro que nos vendió el rocín por mayo. Yo estaba recostada en el suelo, á la usanza de los convites de los hebreos, y no me falta razon; mis primos y primas todos echados en ala, que parecíamos tinajas sacadas á lavar.

Al principio de comer no corría la vena, y así callábamos como en misa, y aun mas, que para las mujeres que contrapunteamos una misa á lo jirguero, no es mucho encarecer; pero luego que el dios novio de la Baca, que es el Baco, carbonizó la hornacha, reclinaban las centellas de los ojos, y espumaba la olla por la lengua. A la verdad, si Justina no entonara los fuelles, maldita la tecla había que sonara bien, sino que á ruido de una buena decidora, todo hace labor. Preguntéles mil que así así, y respondieron á todo como unos muletos de tres años. Preguntéles cuál era la cosa de comer que, siendo carne, primero se cortaba el cuero que la carne. No dieron en ello. Díjeles que era la molleja del ave, y persiguábanse de *verbum caro*, como si relampagueara. Preguntéles cuál era la cosa que con mas carga pesa menos; pero dieron en ello como en la ciudad de Constantinopla. Uno dijo que era la porra de Hércules. Otros que era el caballo Babieca. Tómame el tino. Y cuando los dije que era el cuerpo del hombre vivo, el cual cuando está cargado de manjar pesa menos que cuando está vacío de comida y muerto de hambre, por pocas se volvieran en matachines á puro espantarse de la sabia Justina. Y eran tan discretas mis primazas, ó por mejor decir, tan buenas pagaderas, que me lo pagaban todo á golpes sobre mis espaldas. Hacían bien, que si yo lo quisiera entender, me decían que gracias

tan mal recibidas las echase á las espaldas, y al cabo del tranzado. En fin, ellas tras cada gracia palmetearon las espaldas, como si el decir gracias fuera enfermar de tos, que se quita con golpes de espaldas. Otras mil preguntas les hice de las muy perfiladas, así de mores como de cifras y medallas, enigmas y cosicosas. Mas para ellas era hablarles en arábigo.

Verdaderamente la ufanía de un vencimiento es ciega. Dígoles por mí, que no miré que al paso que iban riendo mis agudezas, iban envidiando mi buen entendimiento, y así iban resfriando la risa, hasta tanto que se murió de frio, y despues de muerta la enterraron la pena. Pero mi orgullosa pujanza tenía vendados mis ojos para no echar de ver que ya el placer había reconocido las riberas de su fin y que aquella gente no estaba para gracias. Y en fin, siempre fué tan celebrado como verdadero aquello que dijo el poeta español, y yo cantaba:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Yendo pues en alto mar de mi pujanza, queriendo á lo solapado dar un picon á dos de los del corro macho y femia, al uno de comedor, y al otro de bebedor, escupí una bachillería que se me tornó á la cara, y dije: Hola, oid, que os quiero preguntar un que así muy gustoso para que torneis á enhiar el hilo de la risa. ¿Mas que no sabeis por qué pintó Apeles á Ceres, diosa del pan, con un perrillo de falda, y á Baco, dios del vino, con una mona? Estaba allí una prima mía, que había hablado con mi Apolo, quiero decir, oídome á mí la resolución; y como tenía las armas de mi ciencia y las de su envidia, entró con armas dobles, y con gran desprecio, cosa que sentí mucho, me dió un mandoble, y dijo: Por cierto sí, gran sabiduría. Ya no quiero callar, como hasta aquí he hecho, mas por ver que no dejas hacer baza y que hablas á destajo, quiero decirlo; y porque entiendas que si queremos hablar podemos, y que nuestro callar es de discretas, y tu mucho hablar es de necia. Mira. El perrillo y la mona son dos animales, los cuales crió naturaleza solo á fin de entretener las gentes con juegos, rezoos y burlas y visajes; y si dan á la diosa del pan, que es Ceres, y al dios del vino, que es Baco, perrillo y mona, es porque se eche de ver que en habiendo que comer y que beber, luego se sigue el haber entretenimientos, juegos y burlas, conforme al dicho de un poeta, que dijo:

Sin Baco y Ceres
Son de sobra gustos, juegos y mujeres.

Acertó. Corríme de verme cogida en mi trampa y empanada en mi masa. Mas ya me contentara con que este disgusto fuera ciclán y sin compañeros. Pero nunca la adversa fortuna hizo una primera sin hacer tras ella mazo ó fluj. Siempre llueve sobre mojado, como distilacion de alquitara; siempre pica sobre llagado, como mosca. Y es de casta de albarda de rocín triste, que siempre cae sobre matadura. Dígoles porque luego

que la primilla me fasquió de lleno, salió un primo de bastos, que, saliendo de su paso, aguzó, cosa desusada, y dijo: Justina, ¿sabes qué se te puede decir acerca de tu misma pregunta? Dos cosas: la una, que en esa pregunta muestras que eres de casta de pistoleta italiano, que apuntas á los piés y das en las narices. Dígoles; porque preguntas uno, y malicias otro. Pero dejando aparte tus siniestros, que son mas que de mula de alquiler, yo te quiero responder á lo que has propuesto, ya que quieres que se ponga la cátedra debajo del carro. Digo pues que si aquí hay alguna persona que merezca nombre de mona, eres tú; lo uno, porque tienes la bota al lado, y decía verdad, porque ella merogó que defendiese su castidad que corría gran peligro, y tanto mayor, cuanto era mas chica y tiernecita; y lo otro, porque si las armas y los nombres de Baco y Ceres se hubiesen de repartir entre los del corro, á nosotros los hombres nos cabía el nombre de Ceres, y tener por armas perrillo de falda, y á las mujeres el nombre de Baco, y tener armas de mona. Que por eso dijo el poeta picaresco que son los hombres cereros, y las mujeres bacunas.

¿Quiéreslo ver? ¿Qué hombre hay de nosotros que, si le dejésedes, no os serviría de perrillo de falda, sin dejar jamás la tarea? Y en eso bien probada tenemos los hombres nuestra intencion. Pero tú y otras bailadoras como tú, que sois muchas, especialmente todas, sois propias monas; porque propio de monas es andar siempre bailando, ser mimosas, melindreras y hurgandillas. Y yo seguro que antes de mucho te tome la mona y hailes. El diablo se lo dijo. Por adivino le pudieran dar doscientos por docena. Con esta respuesta me pagó el primillo. Confieso que lo pregunté con malicia; y confieso, no sin verecundia, que como tan sin pensar revolvió sobre mí con tan buen discurso, no solo no le dí á él ni á ellas mas vaya, pero me atajé y corté de manera, que por un buen rato no encontré con cosa buena ni mala que poder decir.

Un buen decidór ó decidora es de casta de lanzadera, la cual, aunque muchas veces y mucho tiempo ande aguda y sutilmente sobre los hilos de la tela, pero si por desdicha encuentra en uno solo, aquel la ase y detiene. Así yo, aunque había gran rato dicho con agudeza, topé en este hilo, y perdí el hilo. Y sin echarlo de ver, no hacía otra cosa sino mirar atentamente á una cabeza de conejo, munda y raida, despues de repasada, que estaba acaso en la mesa, y escarbarla con el dedo, como si allí me comiera. Entonces otro de la compañía, á quien jamás vi meter letra, ahora dió tan en el punto, que en un punto me acabó de poner de lodo, como me vió estar maganta y pensativa, mirando tan atentamente la calabrera de conejo, que yo tenía en las manos (que, como dije, la fortuna adversa es tirana; si desea venganza es insaciable, y á pendon herido da licencia general á todo necio para que haga suerte en un discreto asomado; y en parte hace bien, pues con ellos gana la honra que pierde, en ser tan favorecedora de bobos); dijo pues el decidór moderno:

Justina, si como creo que has sido pecadora, creyera que eras penitente, dijera que estando así pensativa mirando esa calabrera de conejo que tienes en la mano, te estabas diciendo á tí misma: Acuérdate, Justina, que eres conejo, y en conejo te has de volver. A lo menos no negaré que este dicho me tornó en gazapo, pues me agazapó de modo, que no dije mas que si tuviera los dientes zurcidos. Tanto fué lo que me hizo callar y encallar. Mis envidiosas holgaban. La parentela reia, y todos daban las careajadas, que se pudieran oír en Cambox. Yo, como aveciudada en la corredera, quiséme vengar. Y no fué poco ofrecérseme cómo responder, de manera que le reñí al tono que él me había reñido castañeta soltera. En fin, yo saqué fuerzas de flaqueza, y troqué mi cara por otro tanto de máscara de grave, y con ella le dije: Señores mancebos y mancebas y sor primazo, gentiles honras hacen á su tia, mi madre, á quien Dios tenga en su gloria, pues con un *lle missa est* que han rezado por su ánima, les parece que tienen derecho á reirse con mas bocas que pierna de pordio-sero de canton de corte. Miren que es la casa baja, y que con tantas carretadas de careajadas reventará la carreta. Bien quisiera yo decirles mas, pero á un corrido acábasele presto el huelgo. El primo, como iba de vencimiento, sin interpolar risa, antes con mayor orgullo respondió al mismo tono que yo le respondí cuando me retó la castañetada de marras. Y lo que me dijo fué: Boba, allá Justina, no revientes tú de pena de estar corrida, que la carreta segura está de eso. Justina, por tus ojos, que se te antojan berros, que el ruido que has oido no son risas careajales, sino que la mula boba suena mucho los cascabeles del petral y collera. Verdad es que yo no sé por qué ella lo hace. Que comerle, nada le come, que está encobertada. Debe de ser sin duda que la mula está corrida como tú de que la llamamos la boba por mal nombre, y refunfuña. En diciendo esto el primo, acaso la mula se meneó, y viendo que le salía tan á cuento lo del refunfuño y los cascabeles, acrecentó mas la risa suya y del auditorio; y todos, ni sé si á mí, si á la mula, dijeron: Jo, jo, jo, tan mal pronunciado como bien reido. Pardiez, la mula, como todo andaba tan confuso y de revuelta, no oyó bien, y aunque le decían jo, debió de pensar que la decían arre, si ya de puro beodos no decían arre, y acordó de tomar las del martillado. Dió un estirijon para desasirse de la carreta con tanta fuerza, que por pocas hubiera de hacer empanada de nuestros sesos. Y aun fuera con toda propiedad empanada, porque siendo nuestro seso tan poco ó tan ninguno, siendo empanada de sesos, fuera en pan nada. Soltóse la mula, quebró una maroma y el hilo de la risa. Pasó de trápala por entre toda la gente, vendiendo coces á blanca, y encontrones á maravedí. Y no se le dejaba de gastar la mercadería. Si no me cayera tan en parte la pérdida de la mula y de su huida, holgárame mas que nadie de verla; aunque, para decir la verdad, tan de corrida andaba yo como ella, y por eso no me vagaba el reir. No me pesó del alboroto, porque á no romper el hilo de la ma-

traca, llevaban camino de torcer maroma con que ahorcarme.

La mula andaba que parecía novillo encascabelado, y yo también lo parecía con tanta sarta y apatusco como traía en la collera. Mis parientes los machos fueron tras la mula; mis parientas las mulas quedáronse junto al carro, recogiendo sobras, que eran aprovechadas, como monas de unto, y diz que sus abuelos fueron grandes apañadores. Yo, pardiez, no soy tan apañadora ni aprovechada, sino es de la ocasión. Esta tuve por buena para reirme un poco. Ya me querrás reprehender. ¿Qué querías que hiciese? ¿Correr? No podía, porque con las sargas que llevaba hiciera más ruido que la mula con sus cascabeles, y fueran muchos toros. ¿Había de llorar? No. Que si á la doncella lo, por llorar la vaca, la llamaron jo, á mí, por llorar mulas, me llamaran mulata. ¿Habíame de sentar? Era mucha, mucha, remucha flema, flema para quien era prima de tan buenos corredores. ¿Habíame de echar? Menos me convenia, porque pensarán que como pusilánime me enterraba de pura pena: cosa tan ajena de un corazón jinete. ¿Habíame de estar en pie como grulla? Eso era mucho lanzón, en especial quien traía el molino corrido de puro picado. En resolución, como me vi sola y á peligro de dar en la secta de melancólica, que es la herejía de la picaresca, determiné de irme al baile, dando dos ligas al tiempo, y otras tantas á la mudanza, y cuarenta mil á quien mal le pareciese. Sentéme entre una camarada de pollas, que estaban en espetera aguardando el brindis de los bailones. La moza que almohazaba el adufe, hasta que yo llegué, había ido viento en popa, mas en llegando yo, parece que reconoció ser yo la princesa de las bailonas y emperatriz de los panderos, y luego me rogó se le templase y pusiese en razón. Yo me hice de rogar, como es uso y costumbre de todo tañedor, mas al cabo hice su gusto y el mio. Toqué el pandero, y canté en falsete unas endechas, que yo sabía muy á propósito de mis sucesos, cuya vuelta era:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Salian estas palabras calientes del horno de mis fervorosas imaginaciones, y así no dudo que avivaron mas de dos friolentos. Hecha mi levada, me torné á sentar mas con la opinión de buena oficiala de tañer, y rebuena de cantar, y rebonisa de bailar, luego me apuntaron los bailones, no reparando en la poca antigüedad de mi estancia ni en el agravio que se hacía en ser yo de las primero escogidas, siendo la postrera venida, sino en los muchos méritos de los buenos toques de pandero que habían visto y los de castañeta que se esperaban. Sacáronme á bailar luego, lo cual no causó poco fruncimiento, pero lleváronlo en dos veces. Sacóme á bailar, en buena estrena, un escolar, que siempre mi dicha me quería dar estos topes, como si yo rabiara por ser de corona; entonces mas quisiera yo que me cayera en suerte un labrador, no cierto para que cultivara

mis dehesas ni labrara mis sotos, que no había aun llovido sobre cosa mia que raíces tuviese, sino que son gustos. Pero al fin no es fuerza que el que escoge sea escogido ni acendrado. Ley es de baile, salgan las que sacan. Obedecí al sacamiento, y cuanto á la ejecución, apelé para las castañuelas. Mas ellas, de puro agudas, al instante me condenaron. Entró el estudiante dando mil brinco y cabriolas en el aire. Y yo á pie quedo, como lo bailo menudito y de lo bien cernido y reposado, le cansé á él y á otra trinca de compañeros suyos, que decían del colegio de los dominicos de Sahagun. Mas á lo que yo allí ví, ella es gente floja para el oficio. Débelo de hacer que es muy húmeda aquella tierra, y mejor para criar nabos que bailadores.

APROVECHAMIENTO.

La libertad y la demasia del gusto entorpece el entendimiento, de modo que aun en los tristes sucesos no se vuelve una persona á Dios; mas antes procura alargar la soga del gusto, con que al cabo ahoga su alma.

Á.—DEL ROBO DE JUSTINA.

Liras.

La Vigornia ladina
Ordena una danza, máscara y canción,
Con que coge á Justina,
Cantando en fabordon
Su presa, su trofeo y su traicion.

La máscara acababa
En robar la Boneta seis bergantes;
La Boneta cantaba:
Soy palma de danzantes;
¡Ay, ay, que me llevan los estudiantes!

Cogen en volandina
Con este embuste á Justina descuidada.
La triste se amohina;
Mas no aprovechó nada,
Que fortuna, si sigue, da mazada.

Decía muy penosa:
¡Ay, ay, que me llevan los estudiantes!
Mas era esta la glosa
De los mismos danzantes,
Y así todos pensaron ser lo que antes.

Ya venia la noche, queriendo sepultar nuestra alegría en lo profundo de sus tinieblas, cuando vi asomar una cuadrilla de estudiantes disfrazados, que venian en ala como bandada de grullas, danzando y cantando á las mil maravillas. Eran siete de camarada, famosos bellacos, que por excelencia se intitulaban la Vigornia, y por este nombre eran conocidos en todo Campos, y por esto solian también nombrarse los Campeones. Estos traían por capitán á un mozo alto y seco, á quien ellos llamaban el obispo don Pedro Grullo, y cuadrábale bien el nombre. Cuadróle Justina para ser su feligresa, y enderezó la proa á someterme á su jurisdicción, y si hiciera, si mi industria no me hiciera exenta. Este venia en hábito de obispo de la Picarazona. Traía al lado otro estudiante vestido de picarona, piltrafa, á quien ellos llamaban la Boneta, y cuadraba el nombre con el

traje, porque venia toda vestida de bonetes viejos, que parecía pelota de cuarterones. Los otros cinco venian disfrazados de canónigos y arcedianos, á lo picaral. El uno se llamaba el arcediano Mameluco, el otro el Alacran, el otro el Birlo, otro Pulpo, el Braque. Y las posturas y talles decían bien con sus nombres. Era harto gracioso el disfraz para forjado de repente. Venian en el propio carro de mis primos, porque con engaño le habían cogido. Y como le enramaron á él y á la mula, no le conocí, porque entonces no me entendía con caricoches rameros. Antes que hiciesen sus paradas, cantaban á bulto, como borgoñones pordioseros. Pero cuando paraba el carro, lo primero que hacían era bajarse y danzar un poco de zurribanda con coreovos; y tras esto á lo mejor del baile cogían en brazos á la picarona, que llamaban la Boneta, y poníanla el bonete de don Pedro Grullo, y su manteo roto, y metíanla en el carro con gran algazara, haciendo ademán como que la robaban. Luego se subían con ella al carro y cantaban una letrilla en fabordon, la cual trataba de que, por premio de buenos danzantes, llevaban la moza llamada Boneta, que comenzaba y acababa la canción. La Boneta tenia un buen tiple mudado. Lo que cantaba era romance, con esta vuelta siguiente:

Yo soy palma de danzantes,
Y hoy me llevan los estudiantes.

Unas veces decía oy, oy, otras decía ay, ay, con unos quejidos tales, que parecía que real y verdaderamente la hurtaran. Con este disfraz incensaron toda la romería hasta que se cansaron todos de verlas, y ellos cantar que cantarás. Con razón pudieran ser estos comparados al cínife, que cuando mas muerde, mas canta, pues cuando quisieron morder mi honor y mi punto, cantaron en contrapunto. Aunque iban cantando todos los de la Vigornia, no les holgaba miembro, porque con los pies danzaban, con el cuerpo cabriolaban, con la mano izquierda daban cédulas, con la derecha bailaban, con la boca cantaban, con los ojos comían mozas, y con el alma toda acechaban mi estancia, que por mí lo habían, y mi muerte clara intentaban para echarme en sal en su carreta. No quiero dejar de decir las cédulas que daban á los circunstantes, porque vaya el cuento con raíces y césped. Una cédula decía:

¡Oh qué lindas niñas,
Si pagan primicias!

Otro decía:

Bien estudiado habemos,
Si á nuestro obispo aplacemos.

Otra, que pronosticaba que mis borlas habían de ser ornatos de sus bonetes y galas del pendón de su triunfo, decía así:

Doctora, ganad las borlas,
Que aquí están las ciencias todas.

La cédula de la Boneta decía:

Si me llevades, llevades,
Como no me matedes.

Duró buen rato el disfraz; pero como el cansancio tenga juro sobre todos los disgustos, cobró sus derechos en este. Deshicieronse los bailes y corrillos, y cada cual comenzó á enderezar el norte de los ojos y el timón de su carreta al puerto de su pueblo.

Y ya que los recios vientos de mi importuno baile habían ondeado con el presuroso movimiento el flaco navío de mi cansado cuerpo, fuéme forzoso descansar un poco sobre una blanca arena, adornada de oloroso tomillo, donde para mi descanso recliné, y amarré mi navichuelo, recogiendo los remos de las castañetas y las velas de mis ganas. ¡Ay de mí! que entonces debió de echar su sonda mi contraria fortuna; y viéndome encallada en el arena de las Arenillas, se atrevió á embestirme á lo callado la que rostro á rostro no se atrevió entrar á justar con Justina. Dígolo porque con gran desgracia mia, viendo la Vigornia que yo estaba apartada del corro de la gente y que nadie miraba en lo que ellos ni yo hacíamos, sino que todos entendían en aprestar su jornada, sino es yo, que tenia carro y carreteros; en fin, viéndome descarriada y descarrada, embistió de tropel conmigo toda la Vigornia. Cubriéronme el cuerpo con un negro y largo manteo, y con un mugroso bonete mi rostro. Cogieronme en volandillas; metieronme en el carro con los mismos ademanes con que metían en él á la Boneta, y luego comenzaron á entonar la letrilla que solían:

Yo soy palma de danzantes,
Y ¡ay, ay, que me llevan los estudiantes!

Todos los que me vian pensaban que yo era la Boneta; en fin, que me arrebataron, y comencé á ser ánima en penas mias, y cuerpo en glorias ajenas. Comencé á contemplar la vigilia de mi mal cierto. Gritaba, lamentaba y decía á voces: ¡Ay, que me llevan los estudiantes! Mas de mí nadie se dolía, porque estaban hartos de oír ladrado y cantado aquella lamentación; en especial que ellos, para mayor disimulo, echaban el bajo á mi voz en fabordon; con lo cual no podía percibirse si eran las burlas pasadas ó las veras nuevas; era suyo el fabordon, y así no quedó don de favor humano para mí. Repetía mil veces: ¡Que me llevan, que me llevan los estudiantes! Desgñábame y desgñábame, pero eran vispras de regla en día de atabales; en especial que la Boneta me arrojaba porque pensasen que yo era la verdadera Boneta; y para que mi voz no sonase, me hacía la mamona, y levantaba el tiple, y el obispote esforzaba el bajo. Con razón pusieron en mi propio carro sus arcos triunfales en señal de que con mis mismas armas y con mis mismas voces me habían de vencer. Al paso que corrian por el suelo de las ruedas del carro, acarreador de mis males, corrian por mis mejillas lágrimas, que las sulcaban, viendo que con la ligereza que el águila arrebató el tierno corderito y con la que el presuroso Mercurio arrebató á la triste doncella Tevera para forzarla, y con la que el pensamiento sulca el orbe, con esa me iban remontando hasta que me hicieron perder de vista el sitio de Areni-

llas y la vista de la romera gente; la cual, como no sabian la gran traicion de aquel troyano seno, en que iba el nuevo tesoro de pobres, pensando los unos que era burla de entre primos, y otros que era el disfraz antiguo, ó se reian de mí, ó no reparaban.

Ya que vi que la burla iba haciendo correa, congojéme mas, y tenia razon. Consideré que aunque yo no era la primer robada ni forzada del mundo, pero sabia que tenian cierto de mi parentela que mi rapto y deshonor habia de ser vengado con lanzas de copos y espadas de barro. Tracia fué forzada de su hermano Leoncio; pero tuvo otro hermano llamado Serpion, que en venganza del agravio, le hizo sangrar de todas las venas de su cuerpo, y con la sangre que salió argamasó la cal con que puso las primeras dos piedras, sobre las cuales levantó unas casas que edificó para su hermana, sobre el cual pasó he oido discantar algunos poetas. Unos dijeron que Serpion no quiso que se preciase su hermano de pariente, y que por eso le vació toda la sangre. Otro le llevó, porque sangre tan insensible no podia ser menos que entre piedras y arena; pero lo que mas hay que notar en este cuento fué el rótulo que puso en un padron que relataba la historia, el cual á mi ruego tradujo de griego un buen griego, y decia así:

Vivan los edificios señalados,
Con sangre fratricida argamasados.

Sabna y Heris vengaron el agravio de su hermana Damaris sacando el corazon del incestuoso Arnobio, el cual dieron á los leones; lo cual discantó el poeta, que dijo:

Tan crudos corazones
Solo pueden ser comida de leones.

No traigo á este propósito lo de Tamar ni lo de Dina, porque no es Dina Justina, sino indina. Así que estas pobres violadas tuvieron pendencieros de mantuvion, que despeararon su agravio; mas yo juraré por mis hermanos que si la burla viniera á colmo, perdonaran la sangre por una banasta de sardinas. Todo esto tenian ellos muy bien tanteado, y por eso iban tan satisfechos de la gatada. ¿Qué te contaré? Si vieras esta pobre Marta al revés, que quiere decir Tamar, ir camino tan fuera de camino, enjaulada como toro que llevan al encerrado, ladrando como perro ensabanado que llevan á matar, tuvieras duelo de la pobrecita, medio cocida, medio asada, medio empanada, medio aperdigada. Una cosa me dió siempre mucho consuelo y esperanza de salir intacta, y fué que unos por otros se detenian, y me llevaban en medio, sin hacerme declinar jurisdiccion ni conjurar tampoco. Parecia el asno de Buridano, que estando muerto de hambre y en medio de dos piensos de cebada, de puro pensar á cuál saludaria primero, nunca comió de un pienso ni del otro. Parecia tambien al zancarron de Mahoma en medio de dos piedras imanes, las cuales en otra se impide el robo; y la verdad, muchos pretendientes, que aman una misma dama, cuando así están juntos, son como olla de nabos que mucho hierve, que aunque todos andan listos con el ca-

lor, ninguno se pega á la olla. Así que todos me comian con los ojos, y ninguno me tocaba con las manos. Hasta aquí se alargó fortuna á hacer limosna á estudiantes, con quien pocas veces suele ser franca; mas causada la hermosísima gitana celeste de emplear su favor en estudiantes, gente ingrata, gente que en ser voltaria compite con la misma rueda de la fortuna, extendió su mano diestra con rostro favorable para ampararme y defenderme, pareciéndole que si para un Eneas bastó una inclemente borrasca, para Justina bastaba una carretada de enemigos, y que bastaba haberme armado la mamona sin disparar la ballestilla.

Mas porque despues de un reventon subido da gusto el mirar atrás, por ser trabajo pesado, así me le da el referir unas octavas que compuso un gran poeta á quien yo comuniqué esta historia; y como iba lamentándome cuando me llevaban en el carro los de la Vigornia, y á este propósito compuso en octavas un diálogo entre mí y la princesa de las Musas, que á la cuenta es Calfope, en que finge que la diosa de las Musas me manda referir mis penas, y que yo á duras le cuento mis ansias y suspiros. Tienen un artificio singular, y es que juntamente son elegante latin y elegante romance, dificultad que pocos la han vadeado con el ingenio que este, que si lo que le sobraba de poeta le faltara de loco, era digna de lauro su cabeza.

DIALOGO ENTRE LA PRINCESA DE LAS MUSAS Y JUSTINA,
Á PROPÓSITO DE SU ROBO.

En octavas españolas y latinas.

MUSA.

Declara si me amas, oh Justina,
¿Cuántas quimeras ibas fabricando,
Instante una tan próxima ruina?
¿Cuáles interna, voces replicando,
Urgente tanta pena repentina?
¿Cuáles lamentaciones resonando?
¿Cuanto tantas injurias publicabas,
¿Cuántos celestes orbes penetrabas?

JUSTINA.

Grandes penas intentas, musa cara,
Mandando tan acerbas justones;
Suspende obediencias tales, dea preclara;
Suspende tan penosas relaciones.
¿Suspendes? Responde, oh musa clara,
Respondes negativa. ¿Oh duras confusiones!
¿Mandas? Subjéctome. Afirmito, fui clamando
Tales infrascriptas voces dando.

¡Oh raras peregrinas invenciones!
Oh máquinas tan viles cuan brutales!
Oh quiméricas, oh vanas ilusiones!
Oh bárbaras personas animales!
Oh terrestres, caducas intenciones,
Serpentinas, crudas, duras, infernales!
Oh fortuna inhumana, ingrata, varia,
Tan dura cuan astuta, falsa cuan contraria!

APROVECHAMIENTO.

En achaque de máscaras y disfraces se cometen hoy día temerarios pecados; por lo cual los padres cuerdos y cristianos deben guardar á sus hijas de semejan-

ocasiones, en las cuales está solapado el anzuelo del peligro.

CAPITULO II.

La Vigornia burlada.

I.—DE LA ENTRETENEDORA ASTUTA.

Rima doble.

Despues que la carreta apresurada
Quedó emboscada y lejos de la gente,
La Vigornia insolente alborozada
Saltó de una llanada, y su regente
Quedó muy prepotente en la emboscada.
Vióse Justina apretada, y de repente
Pensó tan conveniente modo y traza,
Que el carro le sirvió de red de caza.

Despues que salí, ó por mejor decir, me llevaron por mar en carreta, metida como carne de pepitoria entre cabezas y piés; y ya despues que la noche puso al sol el papahigo, para que, ó durmiese, ó fuese de ronda á visitar las antípodas dejando á Delio su tenencia, pararon en una llanada, que estaba poco mas adelante de un bosque que les servia de trinchera y emboscada. Alparar, vieras llover tanto de jo sobre las mulas, que se te amulara el alma: dolor de quien temia que querian desquitar los jos de la mula con los arres de su persona. Tras esto saltó en la llanada la insolente Vigornia, con gran alborozo y algazara, diciendo todos: Vitor la secretaria del señor obispo. Y para aperdigarme para el oficio, me dejaron sola con el obispote. Miren qué aliño para una pobre diez y ochena, que era niña y manceba, y nunca en tal se vió. Temblábanme las carnes de miedo; y aunque para él eran mis temblores trémolos de bandera en coyuntura de asalto, con todo eso se detuvo, y dijo: Justina, ¿de qué temes? ¿Aquí no estoy yo? ¿No estás conmigo? ¿Ay, hermano lector, mira con quién, para consolarme con decir: no estás conmigo? ¿Qué faltiel para mucho! Qué Absalon en guardia de Tamar, sino un obispo de la Vigornia y capataz de la bellacada!

Pero bien dicen, que la apretura y estrechez en que se ve un entendimiento es la rueda en que cobra filos; pues en viéndome en este nuevo estrecho de Magallanes, comencé á dar en el punto de la dificultad, y lo primero en que me resolví fué en entretener agudamente toda aquella noche el obispote para que no corriesen sus gustos por mi cuenta, dado que él pensaba rematar cuentas del pié á la mano. Valióme mi ingenio. A él le doy las gracias, que por su industria embalsamé mi cuerpo, y le libré de corrupcion y del poder de aquella fantasma eclesiástica y del incendio, que ya me tenia tan socarrada como socarretada. Demás de que mi ganancia no fué de las de tres al cuarto, pues, como verás, de los despojos de mi victoria quedé tan aforrada de capas, sombreros, ligas, ceñidores, etc., que pudiera poner ea campana sombrerados, ligados, ceñidos y capados otros ocho capigorroneos, tan grandes bellacos como estos que quisieron en tan breve tiempo dar á la enterísima Justina el ditado de Barca Rota. Oyan pues mi traza; escuchen la victoria alcanzada de una inven-

cible novicia, no con mas soldados que sus pensamientos, ni con mas fuerzas que sus trazas y con tan buen modo, que quizá si algunas le usaran, sonaran menos sus voces, y mas su fama.

Luego que me vi á solas con este sireno de carreta, y vi que con una mano me tenia echado un puntal al cuerpo, como hacen al árbol cuya fruta está á pique de caerse, compré una libra de Roldan por dos arrobas de dolor de estómago, y con ella desleida en lágrimas, galbegé mi cara, la cual quedó tan arrollanada, que hiciera temer al mismo Almanzor si estuviera en la carreta, y con buen tono fablé así:

Ea, picaron de sobre marca, obispo de trasgos, y trasgo de obispos: él no debe de haber medido los puntos del humor que calzo. No me ha pergeniado, que á pergeniarme bien, aun fuera Berzabú. Amanse el trote y el trato, que el que por ahora usa es para motolitas que no saben de carro y toda broza, que las de micálumbo saben hacer de una cara dos, y en caso de visita saben dar á un obispo cardenales, que le acompañen sin perderle de vista. Como el bellacon oyó que yo le hablaba á lo de venta y monte y que yo habia tomado el adobo de la lampa que él practicaba, en parte le pesó, por ver que no podia sentenciarse de remate su pleito en tan breve tiempo como él pensaba; y en parte se le alegró la pajarilla, viendo que habia encontrado horma de su zapato. Con esto se deshizo la mamona; y mirándome de otra guisa, con mas respeto y menos vergüenza, me dijo: Picarona, si es que me habia de responder al uso de la mandilandinga, hablara yo para la mañana de San Junco. Por Dios que me encaja. Hermosa hilaza ha descubierto. Así la quieren en su casa; y así será de provecho; y yo la doy palabra que por las buenas partes que ha descubierto, la he de hacer obispa de la Picarazona. Dígame rostro atento, que mi sentencia es la suprema, por ser dada en consejo de rosa; mire si tiene que alegar ó suplicar, porque donde no, tomará la posesion quien trabó la ejecucion. Como me quiso tocar en lo vivo, avivé, y rechinando como centella, le respondí: Eso no. Tate, señor picaron, y dile un muy buen golpe en los dedos, yo apelo, á lo menos suplico del tribunal de su injusticia al de su clemencia. Pero no; aguarde, oya. Oyámonos. Escuche, escuche. Dígame, muy infame, ¿parécele que mi entereza guardada por espacio de diez y ocho años, que tantos hago á las primeras yerbas, es bien que se consuma á humo muerto y se quede aquí entre dos costeras de carro, como si fuera hoja seca de carrasco viejo que, despues de vendida la leña, se queda en la lastre de la carreta? No quiero alegar en mi abono las leyes gentílicas, que dan término para llorar la virginidad; pero á lo menos no permita que entre cristianos muera una entereza tan de súbito. Dígame, ¿qué pícaro de hospital muere sin mas luz que ahora tenemos, sin mas ruido de campanas que el que ahora os acompaña? Los descomulgados van á la sepultura á lo sordo; pero pues no lo está mi entereza, no quiera que tan sin solemnidad se le dé sepultura de carreta á cencerros atapados; y